

Mi mejor maestro
eres tú, mi Señor:
el hijo de la fe y la
Esperanza

Mi mejor maestro
eres tú, mi Señor:
el hijo de la fe y la
Esperanza

Esperanza Escobar

Autora: Esperanza Escobar
© Esperanza Escobar

Prólogo

*Aun cuando los años no trascurrieron
tan rápido, estoy agradecida
de poderles presentar este manuscrito.*

En mis tiempos, aquellos en los que, los años no transcurrían tan rápido como hoy día, diría sin saber expresar lo que por múltiples razones no podía entender... el porqué de nuestro pasado. Todo comienza desde muy temprano en la escuela, donde el mayor tiempo estábamos ocupados en aprender del maestro. El mensaje que nos transmitía era una educación con respeto y disciplina. El maestro de la escuela se identificaba como el padre o la madre que se veía a diario, como un símbolo ejemplar, lleno de amor, humildad, que nos enseñaba a ser el día a día mejores personas, educadas y llenas de valores. ¿Cuántas veces lloré por mi maestra cuando sabía que ya no estaría en el siguiente año escolar junto a mí?

El tiempo no se detiene, somos nosotros los que, a través de él, vamos evolucionando, experimentando un aprendizaje. Cuando analicé mi vida quería tener ese borrador para poder borrar todo lo malo que me pudo suceder, hoy día estoy muy agradecida de poder dar a conocer y reconocer mis experiencias de vida. Tengo una familia numerosa, unos hijos maravillosos, nietos hermosos, y estoy bendecida por no poder encontrar el borrador para borrar mi pasado, por estar presente en esta historia de vida donde fui reconocida por ser una mujer soltera, trabajadora, valiente, que no sabía leer ni escribir, nacida en Venezuela sin más que un solo apellido.

En el transcurso de mi vida, la suerte no nos tocó aun cuando nuestro único deseo era jugar a la lotería a ver si ganábamos el premio mayor. La suerte mía fue ser portadora de este gran mensaje que les presento en este libro lleno de amor, fe y esperanza, es mi biblia, donde solo quise compartir mis emociones, sentimientos, que están impregnados en cada palabra donde, en su momento, hubo mucho

miedo, dolor, frustración. Pero aprendí que el mejor maestro eres tú, mi Señor. Dedico este escrito a todos los que sientan la curiosidad de buscar cómo la fe puede vencer cualquier obstáculo en nuestras vidas, pues solo tenemos que aprender que la vida siempre tiene dificultades en cada día, en cada año y fue en ese proceso que pude entender todo mi pasado y aprender a disfrutar lo que hoy mi vida me he otorgado: pensar en grande, dejar de ser la mujer que siempre pensó en esconderse entre los bancos de una iglesia, dejar de pensar en ser el animal convertido en paloma para poder volar. Dejé de sentir miedo cuando aprendí a sentir tenía fe y creía en mi mejor maestro que es mi Dios.

Dejé muchas cosas atrás, la mujer grosera en la que me convertí para aparentar ser fuerte delante de los demás. Era mi manera de pensar, hasta que entendí que el tiempo nos enseña, nos va mostrando el camino sin tener que demostrarle a nadie algo que realmente no somos. Aprendí a darle tiempo al tiempo, a volar para poder llegar, ya no era solo la imaginación de niña reprimida, aprendí a tener un hogar para brindarle a mis hijos. El tiempo también me enseñó a disfrutar de ellos, de su compañía, a vivir con ellos (pero no a vivir de ellos) porque ellos también me dejarían, aprender a definir por qué siempre terminaría mi vida en un abismo de soledad, cuántas veces me equivoque al no entender que mi gran don era ser la mujer agradecida que solo llegó a cumplir su misión de vida.

El tiempo fue transcurriendo y con él iba evolucionando, creciendo espiritualmente, había un sentimiento profundo al ver a mi lado a una viejita que me hacía reír cuando sentía la tristeza de una niña que solo crecía con tantas carencias afectivas, aislada, callada, llena de miedos y traumas, sin poder entender por qué mi niñez me fue arrebatada, pensando en crecer, ser grande, como una muchacha adolescente; disfrutando una gran familia al lado de Maíta (que se fue un día a estar cerca de mi madre) entregándole a ella todo mi corazón lleno de carencias, recordando cuando nos dejó por ir en busca de un futuro mejor.

En ese tiempo en el que llegué a ser una mujer que no recibía tantos afectos, vivía pensando que casarme, tener un hogar, hijos, esa era la felicidad. El mismo tiempo me enseñó a ser la mujer, la esposa, la madre valiente, guerrera, luchadora, al sentir que tenía lo que en su

momento no pude disfrutar, con tanta ansiedad, por el hecho de casarme siendo una adolescente, por no saber elegir (o por ser apenas una adolescente) al hombre correcto, al mejor hombre, esposo y padre para mis hijos. Con tropiezos me convertí en la mejor madre y padre para mis hijos, viviendo el hoy agradecida de poderles mostrar y darles a conocer la verdadera historia de la niña, la adolescente, la mujer, la madre, la abuela, de esa mujer llamada Esperanza Escobar.

Prefacio

*Dejé de pensar en el mañana pues
el mejor día es hoy.*

*Dejé el pasado en el ayer gris
al presentarles este libro.*

En esta historia real remarco mi propia vida en la que, a pesar de todas mis carencias afectivas, económicas, y traumas por no crecer al lado de mis padres, crecí en un hogar donde aprendí a darle un poco de sentido a mi vida, donde mi único maestro fue mi Dios y la fe jamás me faltó. Mis hijos: Esperanza, Miguel Ángel y José Antonio, me impulsaron a tomar este lápiz sobre papel en blanco, a inspirarme para hacerle conocer esta historia a mis futuros nietos y descendencia.

Esperanza es mi nombre, el que, según mi madre, mi abuela Machepa decidió colocarme; me siendo afortunada y agradecida con mi abuela por llamarme Esperanza del Valle. Siempre me pregunté al escribir mi libro de vida por qué no hacerlo conocer, quizás por temor a recordar mi vida, que no fue nada fácil, o por no llevar en mi corazón sentimientos confusos. ¿Por qué? Es la pregunta que le hago a mi Dios, mi mejor maestro; cuya mejor respuesta es hacerme sentir que la fe siempre vive en mí y en cada palabra que escribo en este hermoso y valioso libro lleno de experiencias, el cual comparto con todos aquellos que quieren ver sus sueños convertidos en una gran realidad. Nuestro creador nos regala un inmenso paisaje llamado naturaleza, un cielo azul, ni hablar del hermoso mar. Aquí vivimos, en el suelo cálido de nuestra tierra, caminamos para hacerlo, pero si nos detenemos a pensar estamos realmente enriquecidos por nuestro Padre Celestial.

Cuando pensamos en lograr únicamente nuestros objetivos, pretendemos frustrarnos sin entregarle a Dios nuestras cargas, ni saber esperar, no queremos ver que un sol radiante nos ilumina cada mañana con una luz intensa y por la tarde se oculta con un hermoso atardecer, por la noche se hace presente la luna y las estrellas que

brillan con luz propia. Entonces, por un minuto pensemos: vivir no es llegar de casualidad. Con nuestra vida Dios nos entrega un propósito, que consiste en un desarrollo espiritual. Soy una mujer que vivió muchas etapas que, a continuación, compartiré y podrán conocer en esta historia.

Esta historia, que dejo en manos de las personas que quieren creer sin dudar, creer la manera en la que solo Dios actuará, es decir, a su debido tiempo. Cada etapa de nuestras vidas debe tener su propio espacio. Este es el mío, donde dejé de sentir miedo o poner excusas por no sentirme con la responsabilidad de hacerme conocer de verdad, pero todo a su debido tiempo. Hoy decidí que es el mejor día para expresarles mis aprendizajes, mis metas, mis triunfos y fracasos, pues de ellos sustraje mi fortaleza. Cuántas veces sentí mis caídas con las cuales me fortalecía y volví a levantarme para seguir el camino sin sentirme derrotada o vencida, enfrentando la vida con dignidad ante cualquier adversidad, y donde hoy día me otorgo una vez más, ser la mujer valiente, guerrera y decidida con la finalidad de transmitirles a mis hijos, mis nietos, primos, primas, sobrinos, sobrinas, tíos, tías, amigos y todo aquel que le inspire conocer y entender la verdadera historia de Esperanza Escobar.

Esperanza Escobar, la mujer que jamás permitió que la vida en la que vivió le hiciera perder la sonrisa que la caracterizaba. He cambiado, quizás, un poco mi actitud, dejando de ser una mujer maltratada, recordando mi adolescencia sumida en el silencio y en no poder expresar, por miedo, el dolor. En mi madurez encontré mis pilares más sólidos, por ellos valió la pena el cambio, y vivir día a día agradecida de contar con esas personas que han estado presentes en el transcurso de mi vida.

Ellos son los que me transmiten su cariño al llamarme de diferentes maneras como: Esperanza, Esperancita, Beba, Doña Beba, Bebita, del Valle, Negra, Nikita, Doña, Corianita, Trenzua, Vieja, Chilindrina. Por ellos no dejaría de soñar para poder volar. La experiencia de mi vida es el mensaje para mis hijos a quienes amo con todas las venas de mi corazón; ellos son el motor de mi existencia, por ellos escribo este testimonio de vida, de amor y fe, para transmitirle a todas las personas a las que la vida no les ha sonreído que Dios es nuestro mejor maestro, por lo que debía buscar la mejor manera de mostrarles

el camino, para superar nuestras batallas con optimismo, vencer los obstáculos que se nos presenten en el camino y así, finalmente, ver realizados sus sueños.

No se den por vencidos porque la vida nos regala muchos dones y talentos transformando lo negativo en positivo y motivándonos a pensar en grande cuando creemos que solo para Dios todo está claro.

Mi propósito es dar a conocer por medio de este libro todas mis experiencias, mostrar todas las metas que he podido alcanzar y lo que luché hasta otorgarle con fe y amor la sonrisa a mi hijo Miguel Ángel, que forma parte de esta gran historia en la que juntos aprendimos a luchar con sacrificio, sin parar, hasta ver el camino despejado, dejando el pasado atrás, en el ayer gris. Hoy valoro el día con su propio afán, sin esperar el mañana. Hoy le consagro el ser el hijo de la fe y la Esperanza.

Agradecimientos

*Agradezco a cada una de las personas e
instituciones que se hicieron
presentes en este manuscrito.*

A mi mejor maestro que eres tú, mi Señor: gracias por permitirme presentar mi primer libro. Señor, gracias por ser hoy la portadora de tus palabras y escribir cada día en mis mañanas, agradecida porque eres la fortaleza que vive dentro de mi corazón. Mil gracias.

Al Hogar de Nazaret del Sector Las Margaritas en Punto Fijo (Falcón, Venezuela)

Al Comando general de la Policías de Coro (Falcón, Venezuela)

A la escuela especial Luz y Hogar en Punto Fijo (Falcón, Venezuela)

Al Centro de Desarrollo Infantil nº 9 de Coro (Falcón, Venezuela)

Al Hospital de Niños de Judibana en Punto Fijo (Falcón, Venezuela)

Al Hospital de Niños J.M. de los Ríos de Caracas (Venezuela)

A mis vecinos Alcides y Estela

Al fundador de Luz y Hogar, a nuestro Padre Azurza y a todo el equipo de profesionales que allí labora

Al Padre Esparza

A mis Padres Omancio Cruz y Bertha Escobar

A Mi Abuela Maíta Lidia María Escobar de Acosta

A Tera por su amor de madre la de mis sueños, mis tristezas, mis alegrías y mis dolores, la de las llamadas de todos mis días. Muchas gracias, madrecita querida.

A Betty, amigas en su momento

A Miriam Gómez, la amiga

A la familia Figuera (de La Guaira, Venezuela)

A mi amigo Amador

Al pastor Ricky y su esposa

A mi hermano Julio Escobar

A Nidia Luquez

A mi amigo incondicional Lino Mundo

A mis compadres Henry Marte y Magdalena de Marte

Al ángel que me mostró el camino

A Manuel Ávila (Nego)

A mi viejo Antonio

A Miguel Luquez y su familia

A Douglas Martínez

A Antonio Dijkhoff

A mi vieja María Gómez

Al señor Rafael Canilo

A las Emisoras Mundial Caribe y Radio Punto Fijo (Falcón, Venezuela)

A Ortopedia Canelo (Caracas, Venezuela) por la ayuda en su momento

Al personal de Ferromfalca en Punto Fijo (Falcón, Venezuela)

A mi tía Aura por su apoyo, por estar siempre y escuchar cuantas veces le conté el proyecto de hacerles conocer las etapas de mi vida a través de este libro.

Agradecida por esta gran bendición de mostrarles mi vida con dignidad y amor, a mi jefe y compañeras de la tienda de donuts que fueron compañeras y amigas.

Al personal en general de la taquería

A mis jefes y compañeras de Callowe, en especial a Ana

Al Hotel Hyatt fueron muchos: el personal de recursos humanos, mi gorda bella, Yraida, Delta, Janine, Vanessa.

Al personal de *housekeeping* y mis jefes, muchas personas por mencionar: es muy valioso para mí haber compartido con cada una de ellas más que una amistad.

A mis supervisores Jerry, Nancy Almazo, Edwin, Sherly, colegas de trabajo del cual tuve que retirarme por ir en busca de mi salud: jamás olvidaré que en Hyatt me sentí tan contenta que jamás me hubiese querido marchar.

A un gran hombre por conocer, el cual se hace presente hoy en esta historia, un hombre que ha querido compartir mis aprendizajes y a la vez aprender un poco más de mí. Antonio Gumbs, a través de un mensaje positivo, de un WhatsApp a convertirse en el señor de los hermosos rosales, donde compartimos nuestras vivencias, por comprometerse, por enviarme, al conocernos a través de un mensaje, un hermoso ramo de flores, una palabra de aliento, por decir “si otros pueden, tú también lo lograrás”. Fue este personaje que he conocido con quien compartí un helado, una conversación y el que me dijera: “aquí estoy yo cuando necesites de alguien, allí estaré”.

Gracias a amistades que han convivido en mi trayectoria, que de verdad saben valorar y respetar una gran amistad. Quizás, a lo largo de mi vida, he conocido personas que no considero amigos, el amigo es bien conocido por estar en los momentos más difíciles, que son los que realmente fortalecen una gran amistad.

A Chener Sainvil, el haitiano, llamado por cariño el hombre extraño, el amigo de muchos años, la compañía en tiempos muy cortos, pero también le agradezco estar hoy presente en esta hermosa historia.

A todos mis hermanos, sin diferenciarlos los amos.

Sin dejar mencionar a mi amada bisabuela, compañera, amiga, todo en lo que mi vida aprendí se lo debo a mi abuela Macheпа.

A mi vieja Juana Meléndez cariñosamente llamada Ñaña.

A mis amistades de siempre en la Isla de Aruba: Manuela, Iris, Richard, Mamai, Papai, Nay, familia German, Cheche, Toy Banchy, Lorenzo, Leo, la compañera por muchos años familia Dijkhoff, familia Dirtz fella, Brenda, Cira Tromp, Efy Tromp, a todos los llevo en mi corazón día a día.

A mis compañeras de estudio Yaritza Arteaga, Romelia Molina, Milagros Vilorio, con quienes compartí muchos años y aún las recuerdo.

A mis tíos: María Escobar, Constanza Escobar (Tancha), Magdaleno Escobar (Neno) y Ángel Escobar.

A mi tío Gotopo, el del mechón blanco al locutor, que me regalaba a través de su programa Álbum De Oro, una rancherita porque sabía cuánto me gustaban y me dejó un vacío muy profundo cuando murió.

A mis tíos que también se fueron sin decirme adiós: Clemente, Kecha, Negra, Milagros, mi abuela Ismenia, Pipo Pulvirenti, Valentín Cumare. Todos ellos formaron parte de mi vida y cada uno me dejó el vacío más profundo al irse, les rindo un pequeño homenaje y le pido a mi Dios por su eterno descanso.

A Flor Ocando y sus hijos que siempre con cariño me llamaban y felicitaban en cada día de mi cumpleaños.

A Judith, cariñosamente Yuya, quien es la madre de mis sobrinos Cristófer, Estefany, Jennifer, Jefferson, Jackson y mi pequeña Paola.

A todos los que realmente conocen a Esperanza Escobar desde Aruba, Santo Domingo, Curaçao, Holanda, España, Estados Unidos, mi querida y siempre Venezuela, en general, donde a través de un viaje dejé alguna gran amistad.

Y, finalmente, a Nérida Luquez, la cuñada, la compañera de viaje a Caracas, con la que juntas compartimos el dolor. Tuve su compañía en la carretera hasta llegar al hospital en busca de la salud de mi hijo, aunque poco volvimos a compartir el tiempo después ya que cada espacio de mi vida lo consagré a mi pequeño Miguel Ángel. Le agradezco a Nérida por el difícil momento que juntas vivimos al llegar al hospital en busca de devolverle la esperanza de vida a mi hijo.

Mis agradecimientos a ti, Dios, porque aún sigo aquí, sembrando y recogiendo las cosechas más hermosas, al seguir adelante llevando un mensaje al más necesitado, les he brindado mi techo a personas sin sentir miedo de expresarme.

Soy una mujer que no dudó en pensar que un buen día la vida llegaría a sonreírle, pero no me perdonaría vivirla sin alegría en mi rostro. Hoy estoy en busca de nuevos caminos, aprendiendo a vivir con la presencia de mi Dios, quien me permitirá seguir dejando un legado a todos los que han disfrutado mi compañía, a los que realmente han conocido alguna parte de mi vida, las personas con las que disfrutaría hasta el día de mi partida. Aprenderemos a valorar todo lo que de verdad tenemos en el día a día, como encontrar un viejo amigo, el recuerdo de una vieja amistad.

A los que siempre estuvieron presentes: a la familia Marte, los padres de mis compadres, la familia Nava, vecinos de mi mamá, la familia Ávila. A todos y cada uno de quienes estuvieron presentes en todo momento, en la trayectoria de mi vida, se me hace imposible mencionarlos a todos pero estoy muy agradecida de poderles presentar este manuscrito de toda mi vida en la cual vivo agradecida por ser tan querida.

Capítulo 1

Nacer es una bendición

*Gracias a mi Dios por haber nacido
para cumplir una misión en mi vida.*

No importa quién soy, cómo soy o para quién soy: lo más importante es que nacer es una bendición, haber nacido es el milagro de saber que estoy viva disfrutando el hoy. Dejé de pensar qué haré mañana y aprendí que el mejor día es hoy. Quisiera vivir para disfrutar de mis nietos, para transmitirle a mis hijos el amor a la vida y apoyarles en cada momento cuando comiencen a formar su propia familia. Les he enseñado que ser valientes, volar, soñar, amar, respetar y confiar en ellos mismos son las mejores herramientas para que no se dejen deslumbrar por lo material. Les traté de enseñar que el mejor maestro de todos los días es nuestro Padre Celestial. Que ser constante en la fe, por muy dura que la vida sea y nos sorprendan momentos difíciles, nos hace aprender a luchar y a saber que nuestras vidas pueden cambiar en un segundo. Al final de nuestra trayectoria vivida habrá valido la pena luchar con responsabilidad y disfrutando con amor. Mis hijos lo valorarán y me recordarán el día que no vuelva a estar más junto a ellos. Me recordarán como la madre luchadora que les dio lo más hermoso, mi amor incondicional sin esperar cuál de los tres sería el mejor. Los valoré por igual y jamás los abandoné. Siempre presentes viven en mí, en los momentos de mi soledad.

Hoy día me siento dispuesta a volar, el día en la hora que solo Dios me mande a buscar, porque son dos hombres y una mujer de verdad que han aprendido que el sol sale y se oculta, pero sigue brillando con luz propia, que no dejan de sonreír porque hasta para sonreír hay que aprender, que ven las dos caras de la vida, la del amor y la del desamor. Si aprenden a ver la vida como una evolución en su

crecimiento espiritual llegarán muy lejos y podrán enfrentarse a cualquier dolor, cuando las penas les toquen lo más profundo del corazón. Les he enseñado a rezar y a creer en Dios porque solo él nos muestra el camino que podemos tomar si tenemos fe. Que no duden de que Dios tiene un propósito diferente para cada uno de sus hijos. Al llegar el momento en que tenga que morir y me den el último adiós, que no sientan que no podrán superarlo, pensando en cada palabra que les transmití con mi mensaje de amor y fe. Quiero que sepan que los disfruté desde su niñez hasta hoy y que serán capaces de aguantar el dolor fuerte y desgarrador. Buscarán soluciones sin parar, respuestas sin contestar en sus corazones, sus rostros tristes me dirán a gritos *mamá, mamá, por qué, mamá* pero también saldrán llenos de fortaleza y seguirán luchando contra el gran vacío que habrá en cada uno de ellos. Me recordarán como la madre que jamás les dejó de amar. Regresarán a casa con los ojos llenos de llanto, sin poder explicarse la falta de su mamá; sin embargo, el sol volverá a salir y las semillas brotarán en el amor y la fe. Les enseñé que su mejor maestro es el que nos creó y formó. Solo él sabe el porqué de cómo evolucionaremos en este mundo en que vivimos, no será imposible adaptarse para enfrentar cualquier situación, sobre todo con valentía. Si aprenden estas grandes herramientas en la vida serán guerreros y luchadores, llevando cualquier carga siempre por muy dolorosa que sea. Habrá un nuevo día para amar, olvidar, perdonar, triunfar y recordar.

Al conocer la historia de mi vida, no dejé de soñar para poder volar y aprender que el nacer es una bendición y que solo Dios nos entrega las mejores riquezas. Gracias, Padre, por haber estado presente en mí como mi mejor maestro eres tú, mi Señor. Gracias, eres por quien busco ser mejor cada día. Finalizo este capítulo conociendo las bendiciones de sentir que Dios nos creó entregándonos un paraíso hermoso llamado Edén, donde plantó dos árboles el del mal y el del bien y formó al hombre del polvo, soplando su nariz para darle aliento de vida. Por nuestra desobediencia nos dejamos tentar por el mal, por el pecado tenemos que pagar por nuestros errores y antepasados.

Barrio Andrés Eloy Blanco

Bendigo el tiempo de vivir en el hogar. De tener una familia para continuar.

Gracias, mi Señor, por disfrutar el barrio Andrés Eloy Blanco.

Nací en el hospital Centro de Salud en el municipio Los Taques de Venezuela (Punto Fijo, Falcón). Crecí en el barrio Andrés Eloy Blanco, al lado de mi abuela a la que cariñosamente llamaba Maíta porque, hasta hoy, fue la que siempre sentí como madre. Mis padres vivían alejados de mí, cada uno en lo suyo. Mi padre era empresario, estable económicamente, y no compartió ni un poco de nuestra niñez, aun estando tan cerca tanto de mi hermana como de mí. Mi madre trabajaba en Caracas, en casa de una familia y allá permanecía la mayor parte de su tiempo para poder mandar una caja de cartón llena de ropas, útiles escolares, alimentos y todo lo que en su momento necesitábamos. Al menos se sacrificó alejándonos de su lado para poder mantener a cuatro de sus hijos. Mi hermana Yraida era la mayor, la que siempre demostró quién era. Con su carácter decidido, expresaba sus travesuras de niña mentirosa, reprimida en algunas cosas. Era la que se levantaba por las noches para buscar a escondidas un poco de comida y, al ser sorprendida, siempre se inventaba una mentira, transformando así su vida en el día a día.

Yo, Esperanza, era la segunda, la más tranquila, callada, la del poco hablar, la que vivió sin ilusiones. Nunca supe cómo expresar una niñez llena de traumas y mucho dolor. Luego, José, al que llamaba por cariño Cande, era un muchacho al que le gustaba trabajar y buscar la manera de colaborar, siempre muy juicioso y de carácter fuerte, se defendía cuando creía tener razón. Por último, Julio, el más pequeño, el sentimental, el callado, el llorón. Debido a la ausencia de nuestros padres crecimos con falta de afecto y amor. El único símbolo paterno era el esposo de Maíta, llamado Félix, a quien mirábamos como el papá que no teníamos presente en nuestra niñez. Él era el que nos

regañaba, jalándonos de las orejas, pero jamás nos llegó a maltratar, solo fueron jalones de orejas. Siempre nos poníamos a trabajar, pues Maíta era una mujer dedicada a sus obligaciones diarias del hogar. Ella era estrictamente fuerte, con carácter llevaba la responsabilidad de levantar catorce hijos y dedicaba parte de su tiempo a cocer y tejer, su más bella virtud. En aquel tiempo, la mujer no tenía la libertad de decidir o pensar por ella misma y toda su vida se dedicó a levantar aquella batuta de la cual mis hermanos y yo formábamos parte.

Cuando peleábamos como hermanos, no pasábamos de un berrinche de niños, y nos poníamos sobrenombres que nos molestaban. Recuerdo que a mi tío morocho le decíamos “Ojo de zamuro” y a él le daba tanta rabia que nos perseguía por toda la casa. Estas travesuras de nuestra niñez eran castigadas de una sola manera: con una correa. No todas las veces nos pegaban, más fueron las amenazas que los correazos que nos llegaron a dar. Disfrutábamos el barrio corriendo cuando aparecían los tiempos de las lluvias fuertes y esperábamos ese día para bañarnos corriendo por todas las calles donde nadie nos hacía daño y se respetaba nuestra niñez. Nos conocían porque salíamos a vender de casa en casa unas hallacas. Disfruté por mucho tiempo mi barrio, nuestro barrio Andrés Eloy Blanco.

El cariño de mi abuela Machepa

Nadie me supo dar ni suplir

el amor incondicional de mi viejita.

Mi abuela Machepa, tierna siempre, nos defendía: “Dejen a esos muchachos tranquilos, son unos niños”. Su forma de hablar era la ternura, el amor. Aquella viejita se dedicaba a viajar, a leer, a escuchar las noticias. Lo que más disfrutaba de mi abuela al bañarla, era peinar sus cabellos largos y grises de tantas canas. Con ella me sentía protegida y segura, pues estar a su lado era todo para mí y disfrutaba cuando me hablaba y me enseñaba a leer. Si me equivocaba, sabía

cómo corregirme sin un reproche ni una mala palabra. Durante mi niñez, tuve la mejor compañía y una amiga confidente en mi abuela Machepa. Nos pasábamos los ratos conversando, me decía: “Hija, ven, ¿cómo te fue en la escuela? ¿Qué tareas tienes que hacer?”. Buscaba siempre estar presente. Cuando Maíta le llevaba su comida, sus sobraditos los guardaba para mí. Me enseñó lo más hermoso de toda mi vida: rezar y hablarle a mi Dios aunque ni siquiera sabía quién era Dios. El cariño de mi abuela me hacía sentirme querida por ella, aunque sintiera que la vida era dura porque había cosas que no comprendía en su momento. Siempre me decía que cuando estuviera grande iba a entender muchas cosas y que me acordaría de esas palabras cuando ella ya no estuviera para decirme “tu abuela te lo decía”, pero que aprendería así a enfrentar mi verdadera vida. Gracias a papá Dios por darme la bendición de recibir el cariño que jamás me faltó de mi abuela Machepa.

Nuestra niñez fue muy triste debido a la ausencia de mi madre, a quien extrañaba todos los días; lloraba mucho por las noches ya que tenía miedo a la oscuridad. Disfrutaba con mi mamá solo en las vacaciones, el mes de diciembre. Para mí, cuando mi mamá venía era el mejor día y, a veces, no nos decía nada para darnos la sorpresa. Mi madre era el centro de mi corazón y admiraba a aquella mujer que nunca se detuvo para seguir luchando por levantar a sus hijos.

Maíta permanecía parte de su tiempo atendiendo a mi viejita Machepa. Mi papá siempre vivió cerca de la casa de Maíta, pero nunca se tomó el tiempo de disfrutar de dos hijas que vivían abandonadas. Por las carencias afectivas de no estar ni papá ni mamá, los años pasaban demasiados lentos y queríamos crecer rápido para hacernos grandes y podernos defender, trabajar, tener plata, una casa, un esposo y unos hijos. Mientras tanto, jugábamos a imitar que éramos el papá y la mamá cuidando y limpiando la casa. Eran nuestras maneras de jugar.

El único cariño de nuestra niñez, el amor y los sentimientos fueron de nuestra abuela Machepa, que nunca nos dejó de consentir con tanta ternura. Nos aconsejaba, me llamaba para permanecer siempre a su lado recostada en la hamaca, contándonos historias de nuestros antepasados y rezando un rosario que guardaba en sus cabellos, entre rollitos, en una bolsita. Mi abuela fue el amor más grande que papá

Dios me regaló. Al crecer y recordar de niña, pienso en cómo extraño de ella el amor que no faltó.

La niña violada

*Protejamos a nuestros hijos.
No aceptemos que otros tomen
nuestras responsabilidades sin
saber si los lastiman y
obligándolos a callar.*

Sin saber por qué, a la edad de ocho años, cuando apenas era una niña, abusaron de mí, robándome la inocencia en aquel baño donde solo había una letrina. Tomándome a la fuerza y sin poderme defender, no pude entender lo que me hacían. Perdí la alegría, las ilusiones de volver a sonreír. Jamás conté lo que me pasó aquel día, salvo a mi hermana. Nuestras vidas cambiaron sin saber por qué, por un hombre que no vale la pena mencionar. Pasaban los días sin poder hablar, y vivir aquella frustración y dolor de no poder expresar mis sentimientos hizo que todo ello se convirtiera en miedo. Tenía todas mis partes doloridas y no podía orinar pues sangraba. Tanta sangre, sin saber por qué, nos dejó asustadas y calladas. En aquellos tiempos, solo mi abuela, mi hermana y yo guardamos el secreto en silencio, pues no sabíamos qué hacer. Solo Dios nos dio fortaleza para aguantar lo sucedido. Expresarlo es fuerte y recordar este pasado lleno de penas, angustias, miedos y mucho dolor, difícil. No sé de dónde saco la fuerza para expresarlo hoy a través de este libro, pero quiero dejar un mensaje para las niñas, esposas, madres, mujeres abusadas, víctimas de una violación: quedarme callada fue mi gran error. Apenas ni recuerdo qué pasó en ese lugar, pero sí el vivir aislada, callada abandonada, el no poder contar con mi padre ni mi madre cuando más los necesitaba.

Al pasar los días, escuché que deshonraron a una mujer y ni me imaginaba que yo también era una víctima de ellos. Solo el tiempo me ayudó a sanar mis heridas para poder continuar. Durante toda mi vida fue un tabú hablar de muchas cosas que callé por muchos años. Si, por lo menos, nos hubiesen prevenido sobre cómo enfrentar este tipo de situaciones, quizás nos hubiésemos defendido hablando sobre la realidad y asumiendo cada quién la responsabilidad de ser castigado en el momento de la violación.

Así fue como vivir, por muchos años, significaba que todos nuestros días eran trabajar. Lavar, planchar, fregar, moler el maíz del día para las arepas, buscar en las pilas de las calles los baldes con agua, cargándolos retirados de la casa, limpiar los patios, botar los escombros sucios en los barrancos de la playa que quedaba cerca del mismo barrio. Pero era difícil, pues sin poder expresarlo vivía asustada, traumatizada, nerviosa, callada, sintiéndome tan solitaria. Mi hermana Yraida siempre estaba al pendiente de cada paso y su actitud se fue transformando inesperadamente, pues sentía impotencia de no poder hacer nada más que seguir callada, y esperaba el día en que regresara mi madre.

Madre, hoy te dedico este espacio para expresarte el amor que siempre sentí. Por tu ausencia no pudiste estrecharme cada día el abrazo fuerte que necesitaba, un *te quiero* para sentir, al menos, el cariño que me faltó sintiéndome una niña violada, un beso, un calor que mi hermana, mis hermanos y yo siempre quisimos sentir a ver si así podíamos calmar tanto dolor.

Me orinaba en la cama por miedo

Me despertaba a cambiarme la pataleta.

No deje de orinarme por muchos años.

Después, al sentir en mis partes un ardor, un dolor cuando orinaba, tuve mucho miedo de levantarme para orinar. Para que no me

volvieran a tocar, me orinaba en la cama, en la hamaca, me metía entre las matas antes de irme a acostar para no ir al solar. Cuando me orinaba, me despertaba a cambiarme las pantaletas y seguía acostada toda asustada mientras el piso amanecía con aquellos chorros de orina. Al levantarse, Maíta me regañaba amenazándome con que me iba a pegar y me ponía a limpiar el piso ante de irme a la escuela. Yo sabía que me orinaba, pero no dejé de hacerlo por miedo a que cada vez que veía el baño me recordase lo que me pasó. Esa fue mi frustración, no entendía el ardor cada vez que iba al baño a orinar y todo me dolía. Igual que el miedo de un niño asustado que se orina en su cama, yo también lo hice por el miedo a que alguien me lastimara una vez más.

Madres, la mejor compañía y la seguridad para nuestros hijos es nuestra presencia, que les puede evitar tantos traumas y dolor. Hay que ayudarlos a superar el miedo de orinarse en la cama o en cualquier lugar. A medida que vayan evolucionando, descubrirán en este libro un mensaje para cada quién. Un mensaje sobre aprender cuánto valen nuestros hijos y un consejo sobre no dejarlos al cuidado de otras personas que no sabemos de qué manera puedan actuar y les puedan causar en sus vidas traumas difíciles de olvidar. De nuestra responsabilidad como padres depende su seguridad.

Desgracia la mía

Al sentirme tan triste y necesitar

el abrazo de mis padres solo pude decir

qué desgracia la mía, de no saber el porqué

de mi vida tan solitaria y vacía.

No puedo cargar mis desgracias a nadie porque crecí en un lugar donde no tenía ni papá ni mamá que estuvieran junto a mí y a mis hermanos para protegernos. Tampoco les he reprochado el abandono

en el cual nos dejaron. Cuando veía una paloma que volaba quería ser ese pájaro para no ser lastimada, aunque volasen sin parar, saltando de un árbol a otro, abriendo sus alas volaban sin regresar al mismo lugar. Así fue que ver aquellas palomas me inspiró a compararme con una de ellas.

Maíta nos llevaba todos los días a la misa de las seis de tarde en la iglesia Sagrado Corazón de Jesús del barrio Andrés Eloy Blanco. Una de esas tardes que no la acompañé, me sucedió todo lo malo que pudiera sucederle a una niña de apenas ocho años, robándome la sonrisa de vivir la vida con la alegría en compañía de mi abuela Machepa. Me convertí en la niña triste y al verme mi abuela me preguntaba: “Esperancita, qué te pasa, mi hija, qué tienes. Te siento muy triste y callada”. Le respondí: “Ay, abuela, me pasó algo que no sé cómo decirte”. Para ella fue muy fuerte de escuchar y ni en ese momento me pudo ayudar. Me eché en sus brazos sin poder hacer nada más que callar. Hoy digo: desgracia la mía. ¿Dónde estaban mis padres?

Maldecir el día en que nació

*Aun cuando creía en Dios, dudaba, sin
entender cuántas cosas experimenté en
los momentos de tanto dolor.*

Un día llegué a maldecir el día en que nació porque no sabía descifrar por qué en mi mundo no había un ser humano tan desgraciado como yo me sentía. Pasaba los días yendo a la escuela y, al rato de estar allí, llamaban a Maíta para que me viniera a buscar. Sentía malestar con fuertes dolores de cabeza y mareos. Estaba aterrada de miedo y nerviosa. Maíta al verme decía que era anemia, una gripe, algo tan fuerte. Tuve que callar y quizás por ese bendito silencio en aquellos tiempos existían las cifras más altas de mujeres violadas. No poder decir la verdad nos ocasiona traumas al vivir el día a día sin poder

expresar lo que sentía de niña. Fueron momentos desalentadores, pues no tenía la solución para decir qué me pasó. Mi vida se convirtió en miedo hasta que llegué a sentir la verdadera fe. Solo Dios me llenó de fuerzas y su ser maravilloso permaneció a mi lado diciéndome *mi Esperancita del Valle*, llenándome de ternura. Le pedí a mi Dios la fuerza para crecer como la nieta más querida. En aquellos tiempos parecía que el reloj se parase y las horas no pasaran para llegar hasta grande. Por falta de amor maldecí el día en que nací.

Gracias, papá Dios, por enseñarme a ser fuerte desde niña, a sentirte, a poderte decir el padre nuestro que mi abuela me enseñó. Que se haga solo tu voluntad en mi vida sin tener que maldecir el día en que nací, solo tú, mi Señor, me enseñarás el camino para continuar hasta que un gran día llegaré a disfrutar de mis padres que se olvidaron de mí y de mis hermanos.

Cheque al portador

*Jamás olvidé que un día regresé a casa
de Maíta con un cheque al portador que
escogí no por el valor, si no por el color.*

Maíta nos mandaba a visitar a mi papá y estas visitas solo duraban pocos minutos. Nos preguntaba: “Hijas, ¿cómo están? Dios las bendiga”. De él solo recibíamos unos minutos que se transformaban en segundos. Los segundos que tardaba en escribir un pedazo de papel que le enviaba a Maíta llamado *cheque*. Ella nos decía que le dijéramos que pusiera *cheque al portador*. A veces, él nos ofrecía comida y nos regalaba dinero poniéndonos a mi hermana Yraida y a mí a escoger cuál de las dos quería los billetes. Hasta en eso mi hermana me ganaba ya que escogía el que valía más y yo lo escogía por su color. Llegábamos a casa con aquel dinero para Maíta y solo ella sabía qué hacía con él. En cada visita que compartíamos con mi papá lo mismo: un dulce que no le faltaba, un cheque que le mandaba a Maíta al

portador, la inocencia de no saber que un cheque que podía ser cobrado por cualquier persona se llamaría al portador. Fueron tantos los cheques que recibimos de mi papá que se quedó grabado en mi mente.

Mi papá no nos reconoció como hijas. Mi único deseo era ser grande e irme con mi mamá a vivir. Quería a mi madre y solo esperaba a que ella llamase para saber cuándo llegaría. Cuando le tocaba regresarse nuevamente a Caracas, lloraba porque solo teniéndola cerca unos días volvía a sentir el vacío de esperar otra vez que regresara. Cuando iba a la iglesia quería esconderme en aquellos bancos para quedarme encerrada allí. Mi mundo era pura imaginación y yo creía que todo podía ser como tal y me lo imaginaba, tanto es así que me comparaba con aquella paloma que saltaba en las matas del solar de la casa de Maíta. El esposo de Maíta me prohibió llamarlo papá porque él no era mi padre. Siempre lo llame Félix, pero para mis hermanos sí fue su papá de siempre.

Padre, fueron muchos los cheques que nos regalaste. No sé por qué no sacaste en tu agenda una cita para podernos decir *hijas, las extraño, las quiero*. Tan solo quise una palabra, un gesto, una caricia; no ser reconocida no me importó. Cuando en su momento nos quisiste reconocer como tus hijas, te expresé que lo que quise no fue un apellido ni dinero, el lujo que buscaba era irte a visitar y poderte decir *papá, bendición, cómo estás*, un abrazo, un beso de padre a hijas. No tenías el tiempo suficiente para dedicárselo al trabajo, a dos hogares, a dos hijas que solo podíamos recibir un cheque al portador.

El desarrollo de mi hermana

Por qué botó tanta sangre.

No sabíamos si decir la verdad por miedo .

A los doce años se desarrolló Yraida, mi hermana mayor. Sin saber por qué estaba botando tanta sangre por sus partes, pensaba que se

había cortado. Asustada, miedosa, se callaba para que no la fueran a regañar, hasta que un día dejó en el baño un papel lleno con sangre. Maíta nos llamó preguntándonos una por una quién de nosotras se había limpiado con aquel papel lleno de sangre. Yraida no dijo nada por miedo. Maíta volvió a preguntar hasta que por fin Yraida dijo: “Mami, fui yo. Me corté pero no sé cómo ni por qué botó tanta sangre”. Maíta le dijo que no fue que se cortó, sino que se desarrolló porque ya era una señorita.

La verdad es que desde niñas nos enseñan a no decir mentiras, pero cuando expresamos nuestros sentimientos tampoco sabemos diferenciar cuándo podemos manifestar una verdad y, es en ese momento, que decimos una pequeña mentira hasta que se hace una costumbre en nuestras vidas. A veces es más fácil callar. En el desarrollo de mi hermana, por miedo, no le dijo a mami lo que le pasó al formarse como una señorita. La verdad nos libera de una carga pesada y hay vivencias en las que hay que saber expresar la verdad.

Yo me desarrollé a la edad de quince años estando cerca de mi mamá. No sentí el miedo de no saber, como mi hermana. Ya íbamos evolucionando y aprendiendo lo que por mucho tiempo nos faltaba, enfrentándonos a la situación de tener a nuestros padres ausentes.

Añorar un hogar

Ciertas etapas las viví en compañía de mis

hermanos. Añorábamos tener un

hogar junto a nuestros padres.

Día a día nos levantábamos en aquel hogar donde carecíamos del afecto y cariño de nuestros padres, que se olvidaron de aquellas niñas que añoraban tener una familia, un hogar, un papá, una mamá. De Maíta no puedo decir que fuera una abuela afectiva; era una mujer fuerte, de carácter, autoritaria. Veía en ella a una mujer que solo se

dedicaba a cuidar a catorce hijos, cuatros nietos, una casa muy grande por atender, incluso mi primo Cruz se vino de Churuguara para vivir en casa de Maíta.

Mi hermana Yraida tenía catorce años y era muy hermosa e inteligente, pero muy terca; yo tenía trece años y lo único que buscábamos era el apoyo de un padre, estar con él, vivir con él. El hogar de mi padre no era un hogar, la única verdad de nuestra niñez fue no tener el hogar donde como mujeres podíamos procurarnos un futuro seguras, encontrando lo que por mucho tiempo creímos merecer: el amor, el afecto, el contar con un padre dispuesto a ayudarnos, pero solo nos encontramos con el desengaño. Añoramos la presencia de nuestros padres cuando más lo necesitamos. Cuatros hijos, cuatros sentimientos, cuatros maneras de pensar, cuatro niños añorando tener unos padres dispuestos a luchar.

Siempre en nuestras vidas, a pesar de todo el cariño que mi abuela nos transmitía, hubo un vacío en nuestros corazones que esperaban que, un buen día, mis padres nos rescataran de tanta soledad. El más pequeño de mis hermanos varones lloraba siempre diciendo: “¿Dónde está mi mamá? ¿Por qué no llega? ¿Cuándo llegará mi mamá?”.

Fueron sentimientos inabarcables para unos niños.

Las travesuras de mi hermana

*Mi hermana Yraida quería que alguien le dijera te
quiero y llamaba constantemente la atención.*

*No dejemos de observar las
inquietudes de nuestros hijos.*

Mi hermana Yraida durante su niñez no aprendió si decir la verdad era bueno o malo, así que desde niña comenzó a ser una adolescente explosiva. Se peleaba con las compañeras de clase cuando veía a

alguna de ellas sacándose los piojos para tirármelos en la cabeza. Ella aprendió a defenderse a golpes y jalones de pelo. Cuando salía de la escuela se iba a casa de una amiga y, por la tarde, llamaban a Maíta para decirle que a Yraida la tenían en la sanidad porque en la casa de la amiga la había mordido un perro. Cuando a mi hermana la castigaban yo me consumía de rabia porque siempre estábamos muy unidas en sus travesuras.

No hubo maestro ni maestra que aguantase sus arranques impredecibles. Cuando mi hermana salía temprano se quedaba echando broma con sus amigos de la escuela hasta que un día llegó con la cara vendada porque se había cortado la cara en la escuela. Maíta, desesperada, sin saber qué hacer con Yraida, llamaba a mi mamá para contarle lo mal que Yraida se portaba y que nunca llegaba a la escuela a la hora. Cuando la cambiaron al horario de la tarde, se hizo más tremenda embustera y, a veces, no entraba a clase para irse a la playa con sus amigas, así fueron las travesuras de mi hermana. Eran pura candela.

Por las noches se levantaba a ver qué conseguía en la nevera y se comía un pedazo de queso. Cuando Maíta la sorprendía le preguntaba:

- Yraida, ¿qué estás comiendo?

- Mamá, chicle - le contestaba.

- ¿Chicle a esta hora? - respondía Maíta.

Chicle era el poco de queso que tenía en su boca. Era malcriada y contestona y por eso siempre le pegaban. Yo sufría cada vez que le pegaban porque yo adoraba a mi hermana, pero no sabía cómo demostrárselo. Cuando jugábamos, esperaba a que se terminara la leche de cartón para decirle a Maíta que no botara los cartones de leche, pues con ellos hacía unos televisores junto a unos trozos de periódico con comiquitas de panchita. Estos eran nuestros juguetes inventados por ella y nos reíamos porque las patas del televisor eran ganchos de ropa. Ella siempre buscaba todo para hacerme reír. Le gustaban las manualidades y tenía un don en sus manos que todo lo que veía lo hacía, lo pintaba, lo bordaba. Aprendió a coser solo mirando a Maíta.

Así fue la niñez de mi hermana. Quizás llamar la atención fue la forma que ella encontró para hacer sentir que quería una familia, un

hogar, un cariño, un te quiero. Debemos observar las travesuras de los niños porque por un pequeño descuido se puede ir aislando y haciendo más que travesuras para demostrar sus sentimientos y llamar la atención esperando tan solo un poco de nuestro tiempo.

Mi viejita Ñaña

A cada viejo y viejita le ayudé

a cruzar las calles sin importar a dónde ir.

Enfrente de la casa de Maíta vivía una señora muy viejita. La conocí un día cuando, al llegar de la escuela, la vi cruzando la calle y la tomé de la mano para llevarla a su casa. Desde entonces, al ver que vivía con su mamá las dos solas, fui a su casa todas las tardes, pidiéndole permiso a Maíta. Me comprometí a ayudarla con la limpieza de su casa y le ayudaba a lavar, haciéndole compañía después de llegar de la escuela. Se acostumbró tanto a mí que, al no saber por qué no fui un día, me fue a buscar. Su mamá estaba chocha, caduca perdida de su memoria y, a veces, se le escapaba por el barrio y se hacía las necesidades encima para jugar con ella, era una realidad terrible. Ñaña, me esperaba todas las tardes y me guardaba comida, como mis galletas preferidas, las galletas María y las Oreo. También los *cocosette* o las chupetas que eran mis dulces preferidos. Compartí mucho tiempo con mi viejita Ñaña y la disfruté por muchos años. Aun estando casada, la seguía buscando para sentir su compañía hasta que también murió. A mi viejita, mi amiga, mi Ñaña, la recuerdo con llanto porque ella no podía faltar en esta historia de mi vida.

Siempre me desviaba para ayudar a los viejitos a cruzar la calle, dándoles un abrazo o un beso. Siempre me hacía feliz recibir de ellos la bendición: me decían *que Dios te bendiga, hija, que Dios te acompañe, Esperanza*. Veía en ellos el rostro de mi abuela, y yo no quería que nadie me la dejara abandonada de no darle la mano para poder cruzar la calle. Aunque mi abuela no llegó a salir sola porque

siempre salía de un lugar a otro con cualquiera de nosotros. Mi abuela era muy consentida.

Familia Olivares

Disfruté durante muchos años

de compartir el grupo familiar

con la familia Olivares.

Pedro, Guiña, Benita, sus hijos, todos formaron el equipo en familia. A la hija, que mi abuela Machepa crio como la hermana de Maíta, siempre la llamé tía Lidia. Ellos formaron parte de mi pasado y ahora de mi presente porque somos primos y nos tenemos el respeto y el cariño de estar ahí compartiendo al lado de Maíta, pues su casa está ubicada en diagonal a la de Maíta. Siempre la familia Olivares permaneció siendo del grupo de nuestras familias. Benita llegaba todas las tardes a la casa para conversar con mi abuela recordando los tiempos pasados. Nos contaba las historias, el significado de los nombres que les ponían a las matas. Las amigas se visitaban y una le decía a la otra: “Ana, mira. Esta mata tan fresca se ve muy buena. Huele bien, Ana. Esta hierba es buena, Ana”. De ahí nació el nombre hierbabuena. Continuaba: “Ana, mira, esta es mejor”. Luego salía el nombre de mejorana. Todos nos reíamos escuchando las historias hermosas de mi querida abuela Machepa. Benita también le hacía compañía a mi abuela Machepa.

Hoy por hoy disfrutamos toda la familia y cada día nos mantenemos más firmes. Ella comparte sus pequeños ratos con la tía Lidia, como llama a Maíta. A Benita sus hijos la han bendecido haciéndola la abuela más afortunada, pues sigue disfrutando de sus nietos que tanto se le han multiplicado desde que compartimos nuestra vivencia con la familia Olivares.

Palabras para ti, mami

Mi Maíta, soy afortunada de disfrutar

por muchos años de ti.

Maíta, mi abuela, mi mami, hoy en día: mi vieja. La que con sacrificio levantó una familia numerosa, una mujer fuerte, decidida, con carácter. Nos enseñaste la valentía de ser abuela, aunque no tuviste el tiempo suficiente para tomarnos en tus brazos y decirnos un te quiero. He visto tu rostro triste, a tus ojos derramar el llanto por este bello sentimiento de que te haga presente en este hermoso libro. Ojalá, Dios te permita poder disfrutar la vida y cada palabra de este mensaje. Esta es la realidad de una de tus nietas, de Beba, tu nieta especial, como tú me llamas. No por ser la especial fui la afortunada de disfrutar tus mejores años, el estar junto a ti con todos mis hermanos.

Dios te bendiga, mami, cuídate, te quiero mucho. Mami, gracias por todo lo que nos enseñaste en nuestra niñez. No me alcanzaría el tiempo para agradecer el tenerte como mi madre. Por las mañanas te veía tratar de hacerlo lo mejor posible, pero fueron tiempos de tropiezos en que nos tocó vencer los obstáculos. Ahora estando como madre, y siendo una mujer ya madura, entiendo mejor el ayer. Que será Dios quien nos bendiga en salud. Levantaste una batuta de catorce hijos, fuiste la abuela de cuatro nietos y cada uno te dimos un dolor de cabeza en su momento. Hoy en día, siendo una viejita de noventa y tres años, tu familia te triplicó en bendiciones de ser madre, abuela, bisabuela, tatarabuela. Como la mujer llena de fe que soy te bendigo a lo grande; eres mi admiración, mami. En esos tiempos no podíamos entender el porqué de tantas cosas, el sentimiento del amor, del dolor, las angustias por cada vivencia. Los años los vivimos sin pausa, queremos hacer todo pensando en el mañana, un mañana que quizás no veremos llegar. Hoy, madre, te dedico estas palabras para decirte gracias, muchas gracias, por estar cerca de tus cuatro nietos, porque siempre quisiste ser lo mejor. A pesar de tantos sinsabores lo hiciste lo mejor posible, como la mujer fuerte que eres. Gracias, mami.

El dolor de perder un hijo

Señor abre mis ojos para contemplarte.

Sigo la línea de tu mirada para poder alcanzar

las bendiciones, siento cuánto te necesita

tu hija que solo te implora la bendición.

Vi a Maíta, mi mami, con el rostro entristecido por haber perdido a su ser más querido: su primer hijo llamado Ramón. El tío Monche, al despertarla por la mañana, vio a mami apagada porque solo se reflejaba en ella el dolor desgarrador por la llamada de alerta anunciando el malestar en que estaba Ramón. Tras otra llamada, se escuchó el llanto lento al decirle que Ramón había muerto.

Podemos consolar a una madre que pierde un hijo, pero no podemos pedirle ni exigirle que no llore, imponiéndole que sea fuerte. Yo sentí en lo más profundo de mi ser el dolor de poder llegar a perder un hijo. Aunque nunca lo perdí, pienso que el dolor de Maíta es inimaginable por la manera en que amamos a cada uno de nuestros hijos. La pérdida irreparable de darle un último adiós hace que sea el dolor más fuerte. Maíta está hoy disfrutando a la edad de 93 años, siendo la mujer fuerte y valiente que aguantó con dolor la pérdida de nuestro tío Ramón. Hubo etapas donde su salud se complicó y los médicos nos instaban a que arreglásemos todo. No sé por qué ellos siempre se rinden antes de dar un resultado con esperanza.

Hoy disfruto de ir con mi Maíta a la iglesia y cada vez que la visito en el barrio Andrés Eloy me ofrece unas arepitas tan ricas, las Caraoticas. Gracias, papá Dios, porque aún disfruto la compañía de la vieja fortalecida en la fe aunque, a veces, compartamos el dolor desgarrador en nuestros rostros por la ausencia de nuestro querido tío Ramón. Su primer hijo murió a la edad de 61 años y bendecimos cada día pidiéndole a Dios la fuerza de que ella siga junto a toda su familia que la queremos porque no se la puede dejar de querer a mi vieja. Gracias, Padre Celestial, por haberme dado la vida al lado de mi Maíta.

La carta

Maíta me enseñó a escribir cartas a mi madre, pero ella jamás me llevo a contestar.

Señora Bertha Escobar:

Querida y siempre recordada mamá, la presente carta es para saludarte, abrazarte y pedirte la bendición. Recibe saludos de Maíta, mi abuela. Por aquí todos estamos bien. Espero que te encuentres bien de salud esos son mis deseos para contigo. Bertha, tú sabes que te quiero mucho. Mis hermanos y yo te esperamos pronto; ellos te mandan a pedir la bendición y Julio es el que siempre se la pasa llorando, preguntando cuándo vas a venir. Saludos te mandamos todos por aquí, cuando vengas te esperamos; yo me contento cuando sabemos que vas a venir, Bertha. ¿Sabes? A Yraida siempre la castigan porque Maíta dice que ya no la aguanta, se porta muy mal. Cande está bien, siempre limpiando el solar. Tera nos dice que tenemos que portarnos bien para que cuando venga el niño Jesús nos traiga los regalos que le pedimos. Bueno, me despido diciéndote que te quiero mucho, que siempre me orino y Maíta me regaña pero yo sé que no es mi culpa, yo no me quiero orinar pero me da mucho miedo pararme para ir al solar.

Tu hija que quiere más verte que escribirte.

Esperanza Escobar

23 de abril de 1975

Punto fijo

Capítulo 2

Tiempos de mis abuelos

Aprendí en los tiempos de mis abuelos a conocer y sentir el respeto desde niña, donde solo con una mirada sabía cuándo le hablaban.

Cuando vivía con mis abuelos, a los mayores no se les faltaba el respeto. Solo con una mirada una sabía qué iba a pasar después de que se fuera la visita. Si por casualidad estábamos por ahí cerca de los mayores, nos daban un jalón de oreja o un regaño para que nunca volviéramos a ver lo que a nosotros no nos interesaba. Tampoco nos podíamos acercar al porche, pues siempre Félix nos corría a jalones de orejas cuando estábamos por allí haciendo algo.

Antes el respeto se profundizaba, era como un decreto o una norma que no se podía romper. Cuando una de mis tías tenía novio, este tenía el compromiso de venir a pedir la mano. Nosotros nos quedábamos encerrados en un cuarto hasta que el novio hablaba con la mamá, el papá y el hermano mayor. Si todos estaban de acuerdo le concedían las visitas. Como suegra, Maíta era una mujer muy fuerte de carácter, muy observadora, les decía las cosas a mis tías y no las repetía dos veces, se fijaba en todo. Si no le gustaba el novio de sus hijas les decía que no estaba de acuerdo y que no le gustaba ese hombre para ellas, manteniéndose en esa actitud. Mis tías respetaban las decisiones de Maíta el no desde ese momento nadie le podía hacer reconocer su falla. El novio de mi tía Tera se llamaba Gotopo y era muy bueno sencillo, cariñoso, humilde, buena gente, servicial. Siempre venía a visitar a mi tía Tera a la hora que Maíta le permitía. Llegaba a las siete de la noche y se quedaba hasta las nueve de la noche. Las visitas eran así: dos sillas en el porche para conocerse, programando sus planes de casarse, y sin pasar adentro de la casa, lo más lejos hasta la sala. Si

Maíta lo llamaba, entonces pasaba a la cocina. Cuando él visitaba a mi tía Tera yo me alegraba porque siempre le traía chocolate y galletas Oreo; siempre llegaba con algo en las manos diferente para mi tía. En el mes de diciembre nos llamaba a todos, a mis hermanos, mis tías y tíos para que hiciéramos una fila y así regalarnos plata para los dulces que quisiéramos comprar. Era el único regalo que recibíamos en Navidad de parte de él; se preocupaba por darnos esa muestra de cariño en aquellos tiempos que fueron conocidos como los tiempos de mis abuelos.

Navidades en tiempos de mis abuelos

*Las mejores Navidades fueron en
compañía de mi abuela. Disfrutando el nacimiento,
el pesebre, las cenas navideñas en familia.*

Mi tía Tera nos decía que teníamos que hacer una carta para el niño Jesús unos meses antes de la Navidad para que le pudiera alcanzar el tiempo de comprar los regalos. Todos aprendimos a hacer la carta y le pedíamos al niño Jesús lo que queríamos. Pero mi niño Jesús jamás me trajo el juguete que siempre le pedía. Esto también fue parte de nuestras vivencias de niñas, cuando el único juguete que deseaba tener era a mi madre. Sentirla y no dejarla de querer era el regalo más grande que quería recibí. Cuando llegaba el 24 de diciembre todos estábamos emocionados por dormir temprano para que el niño Jesús llegara con todos los regalos que le habíamos pedido. El 25 de diciembre nos levantábamos temprano para abrir los regalos que nos había traído. Todos contentos veíamos las muñecas, el carro, disfrutábamos de las Navidades de los tiempos de mis abuelos. Al salir a la calle, mi tía Tancha nos traía bandejas de hallacas para que mi hermano Cande y yo las vendiéramos por todo el barrio Andrés Eloy Blanco.

Nadie nos agarraba para robarnos el dinero que con tanto sacrificio nos ganábamos. Durante las Navidades solo disfrutábamos la presencia de mi madre, el estrenar ropa, el celebrar la cena, el comer hallacas, el pan de jamón, sin faltar el perrito horneado, el panteón, las cestas navideñas llenas con turrón. Fueron las mejores Navidades de disfrutar el tiempo con mi abuela Machepa. Mi mamá limpiaba la casa, la lavaba, nos llamaba a todos para hacer las tareas temprano, nos bañaba uno por uno arreglándonos las ropas nuevas para estrenar, decoraba la casa de Maíta en la que no podía faltar el pesebre. Lo hacíamos todos los años. La que se esmeraba en hacerlo era mi tía Tera y le quedaba tan bonito. Pintaba cartones, papeles, periódicos, siempre con los mismos nacimientos, la virgen María, San José, los Reyes, los camellos. El 24 de diciembre ponía al niño porque ese día nacía. El pesebre cada año era diferente pero siempre era muy bonito. Todos compartimos las mejores Navidades en tiempos de mis abuelos disfrutando la compañía siempre de mi abuela Machepa.

Una palabra de cariño

Esperé a que mi papá me dijera por qué

nunca merecí una palabra de cariño.

Tampoco nos fue bien convivir con mi papá. Él vivía económicamente muy bien y no le faltaba de nada: tenía buenos carros, una oficina grande, muchos trabajadores, locales comerciales, dinero, profesión, prestigio, un nombre, un orgullo, un apellido que era su vida, su mundo. Tenía dos mujeres, dos hogares y unos hijos que jamás carecieron de afectos ni de la necesidad de dormirse sin comer o de levantarse a comerse un pedazo de queso para apaciguar el hambre. Cuando los visitábamos, a veces nos llevaba en su carro y nos dejaba en casa de Maíta. Íbamos en una camioneta con aire que olía bien. Esa era la carencia que añoraba, no los lujos, era estar con él y que, al menos, nos dijera una palabra de cariño. Yo disfrutaba tan solo con verlo, pues me sentía orgullosa de pasar el día con mi papá y